

CAPÍTULO 1

—Tu padre está nervioso; lo noto —dijo mi abuela Luz posándose con un majestuoso aterrizaje sobre el flexo de mi escritorio.

Yo, sentada en mi cama, la veía columpiarse en un precario equilibrio.

Tengo que confesar que, aunque la abuela sea una incorpórea, me pone nerviosa cuando hace cosas así. Ver a una anciana balancearse peligrosamente sobre una frágil lámpara de mesa no es nada tranquilizador. Sí, ya sé que no se trata de su cuerpo real, que lo que yo veo es solo una apariencia, una sombra; pero, aun así, me desconcierta.

Además, no me gusta chismorrear con ella sobre los otros miembros de la familia. Me parece injusto, porque la abuela, con su capacidad para atravesar paredes y colarse en cualquier rincón sin que la vean, termina averiguándolo todo sobre todos. Y yo no siempre quiero saber.

—No pongas esa cara, Luna —añadió al notar mi incomodidad—. Sabes que no soy una cotilla. Si comento algo es porque me preocupa. Puede que tu padre y el abuelo vayan a necesitar ayuda con este caso, y es mejor que estés preparada.

—No hay ningún caso. Esto no es una agencia de detectives —repliqué de mal humor—. Han llegado unas piezas nuevas, mi padre tiene que estudiarlas. Es su trabajo, no veo por qué hay que preocuparse.

La abuela me miró con expresión reprobadora.

—No es propio de ti esconder la cabeza bajo tierra como un avestruz. Tú eres una chica valiente —afirmó—. Nunca le has tenido miedo a la verdad.

En ese momento, un rayo de sol se filtró a través de la ventana y atravesó su rostro como si fuese una vidriera, tiñendo sus cabellos blancos de dorado.

Quizá fue ese efecto de la luz, tan extraño y a la vez tan hermoso, lo que me hizo derrumbarme.

—Supongo que estoy cansada, abuela —le dije—. Es demasiada responsabilidad. Cada vez me cuesta más trabajo enfrentarme a los incorpóreos nuevos que llegan con cada remesa de objetos a la tienda. En serio, estoy deseando ir a la universidad para alejarme de la tienda de antigüedades y descansar un poco. ¡Aunque para eso me quedan aún varios años!

La abuela asintió, comprensiva.

—Entiendo que es una carga difícil de sobrellevar para una adolescente. Pero tú lo haces muy bien. Piensa en todas esas pobres personas a las que has ayudado hasta ahora. Tienes que sentirte muy orgullosa de lo que has hecho.

—Bueno, esas personas se van, y como no es algo que pueda contar ni compartir con nadie, al final no tengo la sensación de haber hecho mucho.

—En ese caso, aquí estoy yo para recordártelo. Y está también tu amigo, Yago. Por cierto, ¿dónde se ha metido?

—No sé —contesté—. Desde que su hermano apareció un día por la tienda, Yago no ha vuelto a ser el mismo. Se

pasa días enteros sin manifestarse y, a veces, cuando aparece, lo veo tan sombrío y callado que me deprime.

—Ser incorpóreo no resulta fácil, hija —murmuró la abuela—. Y, después de ver a su hermano llevando una vida como la que llevaría él si estuviese vivo, supongo que es más consciente que nunca de todo lo que ha perdido. Ten paciencia con él, es mi consejo.

—La tengo. Pero, volviendo a lo de las piezas nuevas... ¿Qué es lo que te preocupa? —pregunté, deseosa de cambiar de tema—. ¿Ha llegado algún incorpóreo?

La abuela se encogió de hombros y, al hacerlo, perdió el equilibrio. Tuvo que dar una voltereta en el aire para recuperar su posición sobre el flexo.

—No sé si han llegado incorpóreos o no —contestó, tan serena como si no acabase de caerse—. Ya sabes que nunca soy la primera en detectarlos. No tengo dotes para lo paranormal. En realidad, nunca he creído en ello.

La miré enfadada.

—Eres una incorpórea, abuela. ¡No estás en condiciones de decir que no crees en lo paranormal!

—Yo tengo mis ideas y mi forma de ver la vida —insistió ella, tozuda—. Y no me creo nada que no esté avalado por el método científico.

—Hoy estás imposible —suspiré—. A ver, entonces, si no se trata de incorpóreos, ¿qué problema hay con las piezas nuevas?

La abuela se alzó flotando de su precario asiento y vino a aterrizar a los pies de mi cama. Los ojos le brillaban.

—El problema es que son del Neolítico. Según les he oído comentar a tus padres, tienen unos cuatro mil quinientos años de antigüedad, y proceden de algún lugar en el norte de Francia.

—¿Y eso es un problema?

—Lo es, Luna. Porque las últimas investigaciones realizadas con el material genético de restos humanos de esa época nos indican que todo lo que creíamos saber sobre ella era falso. Es un campo que está sufriendo una auténtica revolución.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunté, asombrada—. ¡Estás muerta!

—Que esté muerta no significa que haya perdido la curiosidad. El otro día le cogí un libro a tu abuelo sobre el tema: *Who we are and how we got here*. Fascinante, querida, tienes que leerlo. Aunque hacen falta ciertos conocimientos sobre genética para entenderlo bien.

—Nunca dejarás de sorprenderme, abuela. Y entonces, ¿tú crees que mi padre está intranquilo por eso?

—Bueno..., lo creo, sí. Las piezas que tiene que estudiar proceden de una donación a un pequeño museo rural del norte de Francia. Una mujer se las dejó al museo en su testamento. Pero el Estado francés las reclama. Y tu padre está en el medio. Dependiendo de la valoración que haga de los objetos, el Estado pondrá mayor o menor interés en hacerse con ellos. Y nuestro cliente es ese museo de pueblo. Se trata de una situación delicada.

Hice una mueca. Nunca he entendido las peleas de las

instituciones por controlar los restos del pasado. ¿Tan difícil es que se pongan de acuerdo?

—De todas formas, si han encargado el estudio a papá y al abuelo es porque no tienen miedo de averiguar la verdad —dije, convencida.

—Sí, nuestra tienda ha conseguido una reputación por la fiabilidad de sus resultados, pero también por su discreción. La información que tu padre descubra será exclusivamente para su cliente, el museo. No podrá divulgarla en ninguna revista científica ni compartirla con otros colegas arqueólogos.

—Eso no es justo —opiné—. Entiendo que le disguste. ¡Pobre papá!

—Una de esas piezas es especialmente interesante. Se trata de un colgante de cobre. Representa a un guerrero a caballo.

—¿Y por qué es especial?

—Estamos hablando de un objeto de unos cuatro mil quinientos o cuatro mil setecientos años. Encontrar una representación de un caballo en restos de esa época y en esa región de Francia es algo sorprendente. Los caballos y los carros llegaron a Europa traídos por un conjunto de pueblos que, normalmente, en historia se conocen como indoeuropeos, porque se supone que hablaban un idioma del que descienden la mayoría de los idiomas de Europa y el sánscrito en la India.

—¡Qué interesante! O sea, que ese colgante era de los indoeuropeos.

—Bueno..., podría decirse que sí, aunque ese término ha

quedado un poco obsoleto. Quiero decir, anticuado —aclaró la abuela—. En realidad, parece que sí hubo un pueblo procedente de las estepas rusas que extendió por Europa el uso del caballo, los carros y la rueda, pero no tiene mucho que ver con la idea de los indoeuropeos que tenían los historiadores del siglo xx. El colgante del caballo tiene que ver con todo eso. Es más antiguo de lo que se podría esperar, según las teorías tradicionales sobre las migraciones indoeuropeas, aunque concuerda con los últimos datos de la arqueología, que proceden del estudio del ADN. O sea, del material genético.

—No entiendo nada —confesé—. Pero, si es material genético, eso es biología, ¿no arqueología!

—Así era hasta ahora. La genética es la nueva revolución arqueológica, y lo cambiará todo. Justo sobre eso trata el libro que le he cogido a tu abuelo. Verás, por primera vez en la historia, tenemos técnicas para estudiar los restos de material genético de huesos humanos antiguos. Y podemos compararlos con los de los seres humanos actuales. Así se puede rastrear el parentesco entre unos restos y otros, y entre las personas de ahora y sus antepasados. Podemos saber cuánto tiempo hace que se separaron dos linajes humanos, y si dos grupos están más emparentados entre sí (porque tienen antepasados comunes más recientes) que otros. Y no se trata de especulaciones, sino de datos comprobables. Es una gran revolución.

—Pero, todo eso, ¿se va a poder hacer en el futuro, o ya se está haciendo? —pregunté.

—Ya se hace, y los resultados que se están obteniendo son bastante sorprendentes. Por ejemplo, ¿tú sabías que los habitantes de Europa están más emparentados con los nativos americanos que con los chinos? Tenemos más antepasados recientes comunes con los apaches o los mayas que con los habitantes de Extremo Oriente.

—¿En serio? ¡Nunca lo habría imaginado! —exclamé, perpleja.

Pero la abuela no me estaba prestando atención. Algo la había distraído. Miraba hacia atrás, inquieta.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Tardó unos segundos en contestar.

—No sé. Me pareció notar una corriente de frío. Y eso que yo, normalmente, ya no siento esas cosas.

Nos miramos. Las dos estábamos pensando lo mismo. Yo lo dije en voz alta.

—¡Un incorpóreo!

El corazón me empezó a latir a toda velocidad. Miré a mi alrededor. Sí, yo también lo notaba. Una presencia extraña... Extraña y hostil. En cualquier caso, fuese quien fuese el recién llegado, estaba claro que prefería no dejarse ver.

—Será mejor que te deje sola —susurró la abuela con una voz que, no sé por qué, me sonó desconocida y algo inquietante—. Creo que yo los asusto. Cuídate, hija.

Antes de que pudiera responder, sus contornos se disolvieron en el aire. Me levanté de la cama y comencé a recorrer muy despacio la distancia hasta la puerta. Tenía la impresión de que el extraño seguía allí, pero ¿dónde?

La intuición me hizo dirigirme hacia el armario. No tenía mucho sentido que un incorpóreo intentase esconderse, ya que, normalmente, pueden controlar ante quién se manifiestan. A no ser que aquel, en concreto, estuviese intentando espiarme.

Tiré con brusquedad de la puerta corredera y di un respingo. Allí estaba, agazapado bajo las perchas llenas de pantalones y camisetas, mirándome con ojos centelleantes.

Era el hombre más raro que había visto nunca, con la piel tan oscura como la de un subsahariano, pero los ojos intensamente azules, los labios finos y la nariz aguileña. Iba cubierto con algo que me pareció una piel. Al verme tan cerca se sobresaltó, se puso en pie y me amenazó con un hacha de piedra negra y brillante.

Retrocedí espantada. Realmente creí que iba a clavar-me aquella cosa. Pero, en lugar de hacerlo, dejó escapar un aullido gutural, como un quejido, y su imagen se volatilizó en la oscuridad.

CAPÍTULO 2

Nunca llegas a adaptarte del todo a los incorpóreos; en mi caso, al menos, sigo sintiendo escalofríos cada vez que uno nuevo se presenta en mi casa o en la tienda de antigüedades. Pero estoy tan acostumbrada a esa sensación, que he aprendido a lidiar con ella sin que interfiera en mi vida cotidiana. Duermo, como, estudio y hago las tareas de clase haya incorpóreos o no a mi alrededor. Yo sigo con mi día a día. Al menos, normalmente.

La verdad es que, con el hombre de aspecto primitivo que me encontré en el armario, la cosa no me resultó tan fácil. Esa noche, ya con la luz apagada, no podía dejar de dar vueltas en la cama mientras intentaba dormir. Por más que me empeñaba en mantener al nuevo incorpóreo alejado de mi mente, no lo conseguía. Había algo en él profundamente inquietante. Pero ¿qué era? ¿Por qué me había provocado una impresión más profunda que los demás?

Pasaba ya de las dos de la mañana cuando se me ocurrió una respuesta a esa pregunta. Se trataba de las fechas. Algo no cuadraba. Mi abuela me había dicho que las piezas recién llegadas a la tienda tenían unos cuatro mil quinientos años. ¿Eso no era el Neolítico, o el comienzo de la Edad de los Metales? Y, sin embargo, aquel hombre al que había sorprendido acechando dentro del armario no parecía un campesino, no; tenía aspecto de cazador, con

su hacha de piedra y su vestimenta de pieles. ¿Qué quería decir aquello?

Es cierto que, aún hoy, existen algunas tribus en la selva amazónica y en otros lugares que viven de la caza y la recolección. O sea, que ese modo de vida ha existido en todas las épocas. Quizá aquel hombre formaba parte de una sociedad más primitiva en un mundo donde algunos pueblos ya conocían la agricultura. Pero, si era así, ¿por qué había llegado a nosotros asociado a un colgante de cobre que representaba un hombre a caballo? Una pieza así solo podía haber sido producida en una sociedad relativamente avanzada. ¡No tenía sentido!

Y, además, estaba su aspecto. Aunque solo lo había visto un momento, me había impresionado muchísimo, porque presentaba una mezcla de rasgos que yo nunca he visto en ninguna persona de la actualidad. Su piel, por ejemplo, era tan oscura como la de muchos africanos, pero tenía los ojos azules y la nariz aguileña. Que yo sepa, ninguna población actual reúne esas características.

No sé a qué hora me venció el sueño, pero, cuando me desperté a la mañana siguiente, tenía una sensación de pesadez horrible en la cabeza, como si hubiese dormido más de la cuenta. Y la luz... ¿Por qué había tanto sol en la habitación?

Me incorporé nerviosa y tanteé la superficie de la mesilla hasta encontrar el móvil. Comprobé la hora. ¡Las diez y media! Pero no podía ser... Yo tengo programada la alarma para que suene a las nueve los fines de semana, y era sábado.

Me quedé mirando la pantalla del teléfono como si eso me fuera a ayudar a entender lo sucedido. Oí una risilla contenida al fondo de la habitación.

—¡Yago! —dije enfadada—. ¿Has sido tú? ¿Me has apagado el despertador?

—Me ha costado lo mío —contestó mi amigo, aterrizando suavemente a los pies de mi cama—. Ya sabes que interactuar con objetos materiales supone un esfuerzo horrible para nosotros. Pero lo conseguí. Pensé que necesitabas descansar más. Anoche te dormiste muy tarde.

—¿Cómo lo sabes? ¿Me estabas espiando?

Yago lo negó enérgicamente con la cabeza.

—Oye, yo no puedo evitar preocuparme por ti, aunque sé que normalmente no lo necesitas —contestó, herido—. Por las noches sabes que suelo bajar a la tienda para no molestarte, pero ayer me pareció..., no sé, que podías necesitar ayuda con el tipo ese.

—Entonces, ¿lo has visto?

—¿Al hombre de las cavernas? Sí, lo vi ayer paseándose con aire amenazador entre los muebles del siglo XIX que hay al lado del escaparate. Me pareció que intentaba romperlos con su hacha de piedra. A lo mejor quería hacerlos astillas para prender un fuego, pero no lo consiguió. En ese aspecto puedes estar tranquila, su capacidad para interactuar con el mundo material es mucho menor que la mía.

—Y después de eso, ¿qué hizo? ¿Desapareció?

—No. Subió aquí, y yo vine tras él. Te estuvo espiando un buen rato detrás de la puerta. Podría haberla atravesado con facilidad, pero tuve la impresión de que le daba miedo. Estuvo ahí plantado hasta que oímos tus ronquidos. Cuando se convenció de que estabas dormida, se disolvió en el aire.

—¿Ronquidos? ¡Yo no ronco! —aclaré, bastante ofendida.

—Bueno..., a lo mejor es que estás acatarrada.

—¡No estoy acatarrada! Y no ronco, estoy segura.

Yago me miró con la cabeza ladeada.

—¿Cómo lo sabes? Tú no te puedes oír a ti misma, estás dormida. Y nunca compartes habitación.

—Son imaginaciones tuyas.

Yago se encogió de hombros.

—Bueno, digamos simplemente que estabas respirando fuerte. El caso es que fue eso lo que tranquilizó al tipo y le hizo abandonar su vigilancia.

—Tenemos que ir al taller de mi padre a ver si lo encontramos —dije, decidida—. No estoy dispuesta a pasarme las noches en vela por su culpa. Hay que averiguar lo que quiere para que deje de espiarme.

—Tu padre ahora no está en el taller —dijo Yago—. Ha ido con tu madre a hacer unas compras. Si te parece, podemos aprovechar.

Era una oportunidad inmejorable, de modo que acepté la sugerencia de Yago, y los dos juntos bajamos desde la casa al taller de mi padre, que se encuentra justo al fondo de la trastienda, donde el abuelo guarda las piezas más valiosas o las que todavía no ha catalogado.

Los objetos del Neolítico que habían llegado el día anterior no estaban a la vista. Me imaginé que mi padre los habría guardado en la caja fuerte, como hace siempre que estudia vestigios especialmente antiguos. Para él, cualquier cosa que tenga más de dos mil años es increíblemente valiosa, aunque sea una piedra toscamente

labrada que podría confundirse con cualquier guijarro de la playa.

—No veo a nadie —dijo Yago—. El hombre primitivo debe de estar durmiendo.

—No lo llames así. Ni siquiera sabemos de qué época es. ¿Te has fijado en su aspecto? Es de lo más raro que he visto.

Yago asintió.

—Sí. Como una mezcla de razas extraña. ¿De dónde proceden esos restos, de África?

—No, del norte de Francia. Tengo que preguntarle a mi padre.

Un sollozo apagado me hizo interrumpirme a la mitad de la frase. Alguien estaba llorando muy cerca de nosotros.

Tardé unos segundos en verla. Se hallaba sentada en el suelo, con la cabeza y los brazos apoyados sobre la mesa auxiliar junto al sillón de lectura de mi padre. Aunque tenía el rostro oculto entre los brazos, sus largos cabellos negros y su complexión frágil indicaban que se trataba de una mujer. Llevaba un vestido rarísimo, hecho de un material rígido y trenzado que me recordaba a una cesta rústica.

Yago y yo nos miramos. La mujer no parecía haberse percatado de nuestra presencia. Despacio, me aproximé a ella.

—No te asustes —dije con suavidad—. Solo queremos ayudarte. ¿Cómo te llamas?

Levantó la cabeza, sobresaltada, y se volvió a mirarme.

Tenía el rostro ovalado, la piel muy clara y los ojos de color castaño. También me fijé en que el material de su vestido, visto de cerca, parecía hierba seca y amarillenta.

—Dos por el precio de uno —dijo Yago en tono burlón—. ¿Y esta qué tiene que ver con el de anoche? No se parece en nada.

La mujer miró a Yago con los ojos desencajados de miedo. Cuando él terminó de hablar, se tapó el rostro con las manos.

—¿Crees que nos entiende? —pregunté—. La has asustado.

—Si nos entiende, sabrá que no he dicho nada amenazador. Pero esto de comunicarse con el pensamiento de otros incorpóreos o de alguien vivo les lleva un tiempo. Hay que esperar a que se adapte.

Un poco molesta por los «consejos» de Yago, me acerqué más a la incorpórea y me arrodillé a su lado. Alargué la mano y la posé en la suya, que era tan solo una imagen tridimensional, como un holograma.

Noté un cosquilleo en los dedos. La mujer retrocedió hasta acurrucarse al lado de la mesa de trabajo de mi padre. Sus ojos permanecían clavados en los míos, entre curiosos y asustados.

—Yo soy Luna —me presenté—. Y este es mi amigo Yago. Él es un incorpóreo, yo estoy viva. Y tú, ¿cómo te llamas?

—¿Qué es un incorpóreo? —preguntó ella a su vez—. ¿Dónde estoy?

—Estás en lo que para ti sería el futuro —contestó Yago—. Han pasado miles de años desde que moriste. Porque estás muerta... Eres consciente de eso, ¿verdad?

La mujer se volvió hacia Yago con desconfianza.

—Si estuviera muerta, la Señora de los Trigos me habría llevado con ella para renacer en el Otro Mundo. Allí, las espigas siempre están doradas y maduras, y las piedras muelen el grano solas. Este sitio asfixiante no puede ser el Campo de Oro de mi Señora. Yo no puedo estar muerta.

—A ver, ¿te has dado cuenta de que eso que parece tu cuerpo en realidad no es más que una imagen? —preguntó Yago con impaciencia—. Es fácil de comprobar. Vamos, intenta mover cualquier cosa. Esa lámpara, por ejemplo.

La incorpórea empezó a temblar, aterrorizada.

—No es verdad. ¿Dónde está mi cuerpo? ¿Dónde está Deir? ¡Deir! ¡Ayúdame!

—La estás asustando —le recriminé a Yago—. Podías haber sido un poco más delicado.

Pero Yago no me estaba prestando atención. Tenía la boca entreabierta, y miraba fijamente a algún punto cerca del balcón.

—Está ahí —murmuró—. Lo siento.

—¿Ahí? —repetí, mirando en la misma dirección—. ¿Dónde?

No hizo falta que me contestara, porque, en ese instante, una sombra se abalanzó sobre mí y me cubrió por completo. Aunque no podía agarrarme, lo intentaba. Y blandía sobre mi cabeza un hacha de piedra negra y brillante. Era el mismo incorpóreo que me había estado espionando la noche anterior.



—¡Dejadla! —rugió—. ¡No volváis a hablar con ella u os mataré! ¡Nala, huye!

Noté un dolor muy agudo en el brazo derecho, como si me hubieran clavado algo. Con un grito, me tiré al suelo y rodé para escapar de aquella figura inmaterial que me estaba atacando. Yago también gritó y flotó hasta mí.

—¡Luna! ¡Tienes un corte! —dijo—. ¡Estás sangrando!

Me llevé la mano a la herida y noté la humedad pegajosa de la sangre. El incorpóreo, mientras tanto, se había precipitado hacia la mujer. Vimos cómo la abrazaba, y en ese instante, sentí una bofetada de calor en el rostro. Un fogonazo de luz blanca me cegó, y cuando mis ojos se recuperaron lo suficiente para distinguir de nuevo lo que había a mi alrededor, comprobé que el hombre y la mujer habían desaparecido.